

¿ES POSIBLE MEDIR LA INTELIGENCIA?

¿NACEN los hijos de obreros con menor inteligencia que los de los cuadros medios? ¿Tienen los negros un cerebro más pequeño que los blancos? ¿Es hereditaria la desigualdad de los individuos? Este viejo debate, que los nazis trataron de dirimir por la fuerza de las armas, continúa abierto. Los científicos no han encontrado todavía una solución definitiva. Hoy por hoy, la manzana de la discordia se centra en el I. Q., ese famoso «coeficiente intelectual» con el que se etiqueta a nuestros hijos cuando ingresan en la escuela. El I. Q. se obtiene dividiendo la edad real de un individuo por su edad mental determinada por una serie de «tests». La inteligencia media se sitúa alrededor de 100; la debilidad mental, por debajo de 80; la inteligencia superior, por encima de 120. En todas las escuelas, e incluso en las empresas, el I. Q. se ha convertido en menos de quince años en el patrón principal de una sociedad que pesa, mide, selecciona. Una cifra del destino que, como el dedo de Dios, designa a elegidos y condenados, jefes y empleados, presidentes, directores generales y obreros.

Hacia los once o doce años, los escolares se ven marcados. Para toda la vida. En una hora, en un lugar cerrado y en medio de un clima ansioso, los escolares han de luchar por ese número mágico que los perseguirá a lo largo de sus carreras como si se tratase de una ficha judicial. ¿Arma absoluta de la psicología o de la selección social? Desde hace unos años, las críticas a este sistema han crecido en número y ganado en precisión.

Michel Tor ha reunido todas esas críticas en una obra de sólidos argumentos que acaba de aparecer en Francia. «Los tests» de inteligencia —escribe Michel Tor— están haciendo estragos. Sus víctimas principales son los niños de las clases populares. Es dentro de este grupo donde los «tests» sirven para colgar el mayor número de etiquetas de débiles, cretinos, retrasados mentales e idiotas. Tor habla de dos vicios fundamentales de este tipo de «tests». Uno de ellos de tipo formal: el I. Q. es un instrumento imperfecto, científicamente «inexacto». El otro, de fondo; no es neutral ideológicamente y sirva a la división capitalista del trabajo, que justifica aduciendo «diferencias» entre los individuos.

El papel del entorno

Cuando el francés Binet inventó, en 1905, la primera escala métrica de la inteligencia, bautizada con el nombre de «Binet-Simon», los objetivos perseguidos eran puramente científicos y vagamente humanitarios: por fin iba a saberse con precisión cuáles eran los niños con problemas, con lo que en adelante sería posible orientarlos sin incurrir en error. Era preciso, sin embargo, decantar; el instrumento utilizado era un tanto burdo, las preguntas planteadas verbalmente daban ventaja a los niños de las clases burguesas.

En 1966, el «test» «Binet-Simon» es corregido por otro francés, un marxista, René Zazzo. (El nuevo termómetro de la materia gris se llama NEMI (Nueva Escala Métrica de la Inteligencia.) Les es fácil a los psicotécnicos demostrar que los resultados del I. Q. concuerdan en general con el rendimiento escolar que demostrarán posteriormente los alumnos sometidos a dicha prueba. Y es que al fijar de antemano y de modo definitivo un techo a las posibilidades del niño, el I. Q. le asigna determinados rales en el momento mismo en que el alumno inicia sus estudios secundarios.

Educadores y psicólogos se dieron pronto cuenta, sin embargo, de que las clases que marchaban bien, es decir, aquellas donde el I. Q. era bastante alto, estaban compuestas por niños de medios favorecidos, mientras que las que tenían problemas, aquellas donde había retrasos, dificultades de adaptación, y el I. Q. era débil o medio, comprendían sobre todo a muchachos de las clases populares. ¿Tendría, pues, el I. Q. alguna relación con el medio socio-profesional? ¿Con el medio o con la herencia? ¿Tiene fundamento la teoría fascista del doctor Alexis Carrell, expuesta en su «La incógnita del hombre»: «Los que hoy son proletarios deben su situación a defectos hereditarios de su cuerpo y de su espíritu?»

Un estudio del INED llevado a cabo en 1965 sobre una muestra de cien mil niños procedentes de categorías socioprofesionales diversas, ilustra estas variaciones del cociente: los hijos de los peones obtienen un I. Q. medio de 92,6; los hijos de los agricultores, 96,4; los hijos de comerciantes y oficinistas, de un 101,4; los de cuadros medios, 107; los de cuadros superiores, 111,4. El

riesgo de debilidad mental es ocho veces mayor en el caso de un niño o una niña nacidos en un medio obrero que si se trata de un hijo de médico o abogado.

Hace ya tiempo que Freud demostró la importancia del entorno precoz: desde el nacimiento hasta los seis años, la máquina cerebral es modelada por el medio. A pesar de lo cual, el comunista René Zazzo enlaza con los ultraconservadores: «Podemos suponer —y es nuestra hipótesis bastante verosímil— que una franja inferior del medio obrero, la constituida por los obreros no especializados y por la masa de los peones, se caracteriza por insuficiencias físicas o mentales de origen biológico, sea o no hereditario este origen. Es evidente que no todos los peones son débiles mentales, pero es cierto que un gran porcentaje de débiles mentales son peones. Nos preguntamos si en determinadas estadísticas la inferioridad de los obreros no se debe a la presencia de una población congénita o hereditariamente deficiente». Otro maestro de la explotación de los cerebros, Reuchlin, afirma que «las diferencias entre categorías socioprofesionales pueden explicarse en parte por mecanismos genéticos». Y el británico H. J. Eysenck afirma, perentorio: «El 80 por 100 de todos los factores que contribuyen a crear las diferencias intelectuales de la inteligencia son hereditarios; el 20 por 100 pueden achacarse, por el contrario, al medio».

Estas tesis, que permitieron a los nazis justificar «científicamente» y elaborar una teoría de las razas superiores, no dejan de ser peligrosas. En 1969, el doctor Arthur Jensen, director de un laboratorio de Psicología en la Universidad de California, publicó un artículo en el que afirmaba que, «incluso si se tienen en cuenta las diferencias culturales» la inteligencia de los niños negros medida con los «tests» es netamente inferior a la de los niños blancos americanos. El doctor Jensen afirmaba en su artículo que la burguesía negra engendraba diez veces más débiles mentales que la burguesía blanca. El I. Q. de los niños negros desfavorecidos, sustraídos de su medio social, se densa provisionalmente para volver luego a decaer.

¿Cómo calcular?

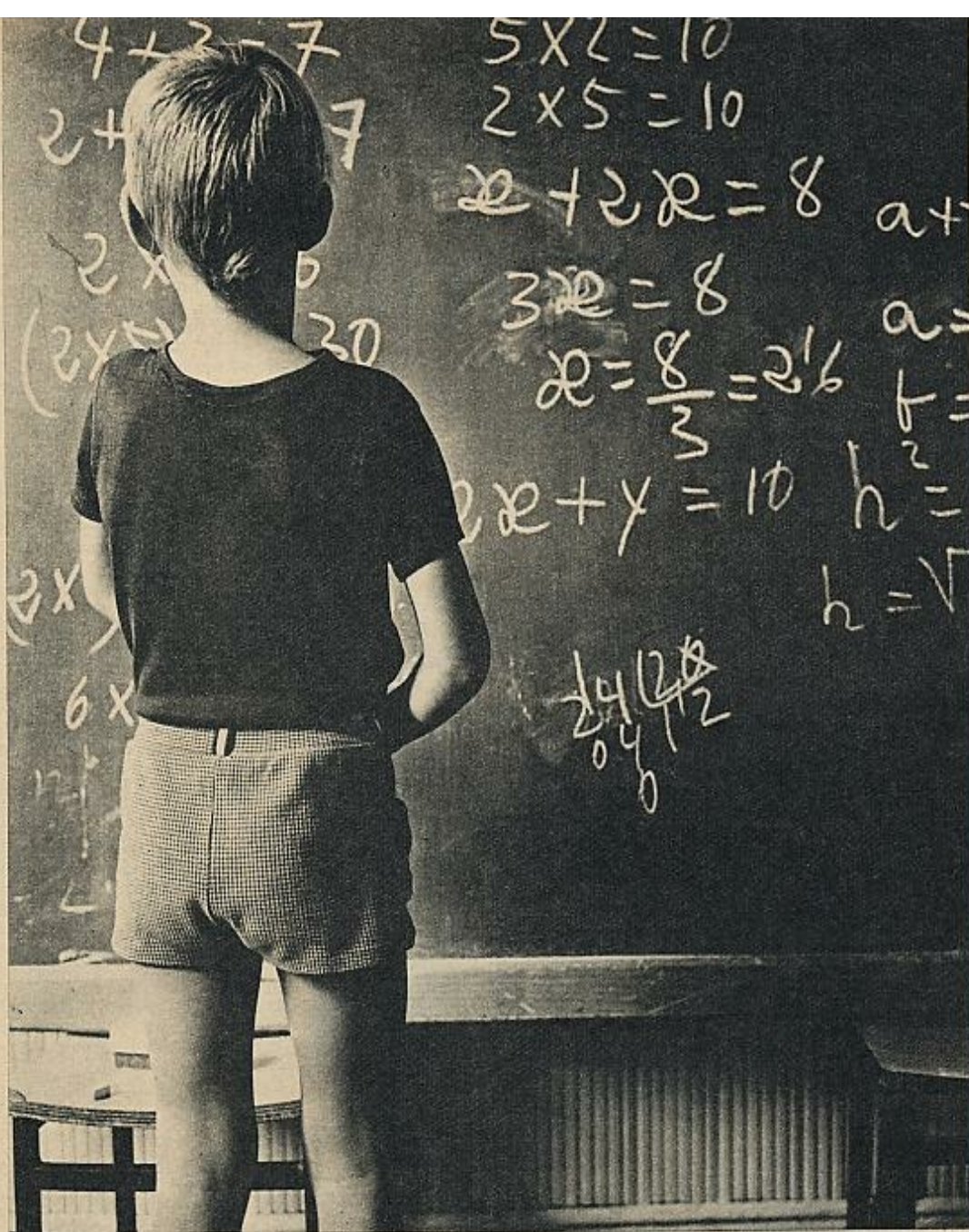
Frente a los «innatistas» a ultranza, los «ambientistas» se pre-

guntan: ¿Qué han medido los «tests» de Jensen? ¿Qué han demostrado? Simplemente que los negros estaban peor armados que los blancos para vivir en la WASP Society (WASP: White Anglo-Saxon Protestant.) En su obra «La genética de la inteligencia», J. Lamart nos recuerda que en los Estados Unidos el I. Q. medio de los niños negros sometidos a «tests» por los blancos es inferior en dos o tres puntos al que obtienen cuando son de su misma raza los que los someten a esas pruebas.

He aquí una pregunta típica del «test», planteada a los niños americanos, tanto negros como blancos: «Sustituir los puntos suspensivos por la palabra adecuada: El... debe reinar en las iglesias y las bibliotecas». La contestación a esta pregunta no presenta ningún problema para un niño de familia blanca medianamente dotado: lo que debe reinar en esos lugares es el silencio. Pero, ¿resulta tan sencilla la respuesta para un niño negro, acostumbrado a asistir a oficios religiosos particularmente animados y bulliciosos? Con preguntas como esa, el I. Q. no mide más que la eficacia intelectual —no la inteligencia—, y además dentro de una cultura dada. Es lo que Michel Tor llama «el terrorismo metodológico y pseudocientífico de los tests».

Dos granos de arena entorpecen en cualquier caso el funcionamiento de ese hermoso mecanismo que es el I. Q.: su relación con la categoría socioprofesional; grandes variaciones que demuestran los «tests» aplicados a un mismo individuo en dos momentos distintos de su existencia. Un descubrimiento reciente ha asestado en efecto un duro golpe a los partidarios de las tesis «hereditarias»: el I. Q. medio de los niños adoptados supera con mucho el de sus madres naturales. Este experimento se llevó a cabo sobre una muestra de cien niños cuyos padres naturales, eran en su mayoría peones y obreros no cualificados y que habían sido adoptados por familias de cuadros superiores o medios, de profesiones liberales, propietarios agrícolas y obreros cualificados. Trece años después de la adopción pudo constatar una diferencia de veinte puntos (elevación de 85,7 a 106) entre el coeficiente de los niños adoptados y el de las madres naturales.

Otros experimentos confirman la influencia esencial del medio que un gran número de psicotécnicos fingen ignorar. El director



**El cociente intelectual,
la cifra del destino que designa a los elegidos
y a los condenados, a los jefes y a los empleados, a los cuadros
y a los obreros. Los propios psicólogos comienzan a poner
en tela de juicio los «tests» que, sin tener
en cuenta el origen social o el medio, determinan
«científicamente» el futuro de un niño.**

del laboratorio de Psicología social en la Universidad de París-VII ha dicho a propósito: «Los hombres nacen libres, con hemisferios cerebrales más o menos iguales. Ha habido casos de niños arrancados a sus tribus primitivas y educados en el seno de familias avanzadas de países modernos que en unos pocos años han conseguido saltar siglos de civilización hasta llegar a ocupar puestos importantes». El que un

niño de la selva pueda llegar a convertirse en un brillante catedrático es algo que está en abierta contradicción con las teorías de Jensen.

¿Qué mide, entonces, el I. Q.: la inteligencia o el aprendizaje escolar? En los dos «tests» de inteligencia más famosos, la NEMI (Nueva Escala Métrica de la Inteligencia), de Zazzo, y la WISC (Wechsler Intelligence Scale for Children), de Wechsler, se hacen

preguntas como: «¿Quién ha escrito "Los Miserables"?», «¿Cuál es la capital de Grecia?», «¿Cuál es la talla media de un francés?», «¿Por qué flota el aceite en el agua?», «¿Qué tendrá que ver la inteligencia con estos subproductos culturales, idóneos para concursos radiofónicos?»

Dos psicólogos franceses, Yves Guyo y Geneviève Rigault, acaban de publicar en la revista «l'Education nationale» los resultados de

una encuesta llevada a cabo en 1967: «De ciento tres niños examinados, diecisiete habrían podido ser o han sido efectivamente orientados hacia una clase de perfeccionamiento con un "dossier" en el que se los clasificaba erróneamente como débiles mentales. Esta cifra es muy alta: afecta a una sexta parte de los casos observados y condena radicalmente todo examen sumario de niños que manifiesten dificultades en el plano escolar».

Wechsler, fundador de WISC, más prudente que los profetas que engañan a los profanos, admitía un margen de error de 4,5 puntos. A pesar de eso, los institutores y profesores se han acostumbrado excesivamente a echar mano del I. Q. para juzgar «a priori» los trabajos de sus alumnos. Un experimento interesante es el que llevaron a cabo en los Estados Unidos R. Rosenthal y L. Jacobson («Pygmalion in the Classroom»); los niños de una escuela fueron etiquetados a principio de curso con cocientes intelectuales elegidos al azar. Los cocientes así otorgados les fueron seriamente comunicados a los profesores. Pronto se comprobó que los niños que mejor iban eran aquellos a los que se les había «colgado» un buen I. Q., mientras que aquellos otros a los que se había atribuido cocientes bajos experimentaban más dificultades: los profesores no podían evitar el tener en cuenta los cocientes intelectuales a la hora de tratar con sus alumnos.

Tras la que a algunos llaman «cortina de humo psicométrico», la testocracia se nos muestra ante todo como la justificación científica de una política de selección. La escuela debe proporcionar parcelas de mano de obra ajustadas a las necesidades del país. La magnitud de cada parcela se determina en el marco de lo que hace algunos años las circulares ministeriales calificaban de «equilibrio deseable»: el 25 por 100 de los jóvenes deben comenzar a trabajar a los dieciséis años, es decir, en cuanto acaben su periodo de escolaridad obligatoria; un 40 por 100, a los diecisiete años, inmediatamente después del segundo ciclo corto; un 15 por 100, a los dieciocho años, después del segundo ciclo largo; un 11 por ciento, a los veinte, tras el primer ciclo de enseñanza superior; el 8 por 100, más tarde. «En el ministerio quieren estadísticas —nos dice un psicólogo, funcionario de Educación Nacional—. Quieren saber cuántos inadaptables habrá, cuántas clases especiales será preciso organizar. El Gobierno se aferra al I. Q. porque necesita efectuar cuanto antes su selección social. Pero, ¿y la inteligencia?». Hoy por hoy, la inteligencia es más bien algo que el poder concede al ciudadano que una capacidad innata, algo que dependa de la suerte de uno al nacer. ■ PATRICK SERY.